

Opinión

Cuando las palabras salgan a pasear



JORDI NADAL

JORDI NADAL

04/05/2020 00:26 | Actualizado a 04/05/2020 03:03

Nos han cambiado el mundo y muchas de las definiciones de diccionario cobran nuevas acepciones: lo que nos hubiese parecido extraordinario –y casi único en la vida– ha pasado a ser simplemente común. Terrible y común. La rotundidad del cambio que estamos presenciando se va a notar con el nuevo sentido que daremos a las palabras.

El escritor francés Xavier de Maistre estuvo en 1794 nada más ni nada menos que 42 días encerrado en una habitación. ¿Les suena la experiencia? Nuestro confinamiento no está impuesto como castigo por las autoridades turinesas como le ocurrió a él, ya que nosotros no hemos participado en un duelo. Él, en ese tiempo, escribió un libro más que interesante, *Viaje alrededor de mi habitación*. Una obra de singular actualidad, ya que nos invita a deambular por nuestro cuarto, mirar sus objetos, relacionarlos con nuestra vida, y utilizar la realidad de

nuestro confinamiento como una forma de conocernos, ya sea leyendo o escribiendo. Dos de las fórmulas más útiles – aunque no las únicas– para conocernos mejor.

¿Cuántas personas nos darán un día la sorpresa de publicar aquello que han pensado y sentido?

A De Maistre, entre otras cosas, le ayudaron a sobrevivir pensamientos como este: “El placer que uno siente viajando por su habitación está libre de la envidia inquieta de los hombres, es independiente de la fortuna”.

Por no hablar del enorme placer que le produce la compañía de su perra Rosine. A la que dedica estas emotivas palabras: “Desde hace seis años que vivimos juntos, no ha habido el menor enfriamiento entre nosotros, y si ha surgido algún pequeño altercado, confieso de buena fe que la equivocación ha sido siempre por mi parte, y que Rosine ha dado siempre los primeros pasos hacia la reconciliación”.

Hay muchas formas de confinamiento en sus más diversas formulaciones, que obedecen a momentos y realidades distintas.

Una de las más brutales que conocemos es la de Nelson Mandela, prisionero mayormente en Robben Island, donde pasó 18 de los 27 años de reclusión en una celda que medía

2,4 x 2,1 metros. Cinco metros cuadrados y una grandeza inversamente proporcional a su privación de espacio y libertad. Desde esa celda escribió a Winnie Mandela, en una carta: “Siempre que te escribo me olvido de todos mis problemas: me lleno de amor”. Leer a Mandela es pura medicina para el alma.

Otra de las prisiones posibles es la del cuerpo, cuando una enfermedad te hace prisionero en él para siempre, como le pasó a Jean-Dominique Bauby, quien fue editor de la revista *Elle*, en Francia, en cuya estremecedora obra *La escafandra y la mariposa* describe su vida en los 15 meses que estuvo totalmente inmóvil en su cuerpo, antes de morir, víctima de un accidente cardiovascular que sólo le dejaba parpadear un ojo: “Hoy mi vida parece una sucesión de pequeños fracasos. Mujeres que no supe amar, oportunidades que no aproveché, momentos de felicidad que dejé escapar. Una carrera cuyo resultado conocía de antemano, pero no escogí al ganador. ¿Habré sido ciego y sordo, o hacía falta un desastre para que hallara mi verdadera naturaleza? Si dejo de lado el ojo, dos cosas no están paralizadas: mi imaginación y mi memoria. Son las únicas dos salidas para escapar de mi escafandra”.

Podríamos hablar de personas en otras prisiones, pero ahora es el momento para dejar volar nuestra imaginación y, más allá de las circunstancias materiales en las que nos toque estar encerrados, abrir la mente y empezar a escribir.

Muchas veces, las ganas de escribir surgen después de haber leído lo suficiente. Ya lo dijo Cervantes en *El Quijote*: “Cada uno es artífice de su propia ventura”. Y añadía: “El que lee mucho y anda mucho, ve mucho y sabe mucho”. ¿Cuántas obras saldrán de este periodo de confinamiento? ¿Cuántas personas nos darán un día la sorpresa de publicar aquello que han pensado y sentido? ¿Cómo se nos darán a conocer y con qué obras? ¿Cómo serán esas historias de esos confinados que nunca sospecharon que podrían haber tenido esa necesidad de escribir?

Si juntásemos todo lo que estamos escribiendo estos días en correos y watsaps, en muchos casos se juntarían obras de extensión notable. Sólo que, para que una obra sea sólida, la extensión mínima no basta. Extensión no significa talento. Un cuento de Chéjov basta para pasar a la historia de la literatura. No todo lo que se escribe debe ser tan vasto como *Los Miserables*, de Víctor Hugo. Pero, sea cual sea la extensión, ¿qué obras tendremos ocasión de leer, fruto de lo que hemos vivido?

Cuando todo esto sea el pasado, nada será igual. Eso se ha dicho muchas veces. Pero ahora nos recorre el escalofrío en el espinazo de que esto, ahora, es verdad. Este presente se ha instalado para siempre en nuestro futuro. Tendremos o no los recursos para salir más o menos indemnes, pero como todo gran desafío para los humanos, el arte, en cualquiera de sus formas, nos estará esperando, reparador. Bienvenidos al

nuevo mundo en el que, espero, hace ya más de 42 días que se están cocinando muchas expresiones de arte que perdurarán. Yo espero vivirlo como lector y como editor.